

Un hombre sincero

MANUEL ALCÁNTARA



Nada más oler el olor del poder están empezando a hacer tontearias. Tras la sentencia del Supremo que condena a seis años de inhabilitación al habilísimo ex vendedor de biblias en pasta Juan Guerra, el Partido Popular de Andalucía pide que Alfonso Guerra abandone su escaño. Es como pedirle responsabilidades a Abel, que fue la víctima, por la conducta de Caín. Nadie puede ser el guardián de su hermano y el argumento de «la estrecha relación» no sólo es muy débil, sino muy ruin.

Debiera tranquilizarse el creciente PP y no perder los nervios antes de ganar las elecciones.

— Sosegaos, sosegaos...

En Valencia se ha formado un buen revuelo. Alguien, por supuesto alguien cercano, grabó una cinta con una conversación del presidente del PP, Vicente Sanz. Un tipo sincero, sin duda, de esos que no creen que Dios nos haya dado el divino don de la palabra para poder ocultar nuestros pensamientos. En la grabación, el politiquito valenciano decía que estaba en la política «para forrarse». Una declaración de falta de principios tan sencilla como ésa ha hecho estallar la crisis en la formación conservadora y el hombre sincero ha sido invitado a poner su cargo a disposición del partido.

¿Quién enviaría anónimamente la cinta? Fuentes del propio PP afirman

que se trata de una maniobra desestabilizadora gestada desde sus propias filas. No hay odio como el nacido entre correligionarios, pero parece un poco pronto para que pasen estas cosas.

Olvida el PP que el barco del socialismo a la española se está hundiendo porque no ha podido soportar el peso de los ladrones que metió a bordo, no porque ellos le hayan torpedeado con su brillante dialéctica y sus arrebatadores líderes. Tienen que poner un exquisito cuidado en todo lo referente a moralidad. Cualquier desliz en ese terreno puede serles funesto. Y hacerlos pensar a nosotros que por muchas cosas que les distancien de sus rivales, siempre habrá una en común.

Del Oriente al Occidente

Elecciones y conclusiones

JOSÉ SUÁREZ ARIAS-CACHERO



De los resultados habidos en las últimas elecciones europeas se pueden sacar algunas conclusiones sobre la situación política asturiana. No es necesario hacer extrapolaciones indebidas para darse cuenta de dos cosas: la primera, que el PSOE ya no es imbatible y por tanto el Partido Popular puede ganar las próximas elecciones asturianas de 1995; la segunda, que en Asturias sólo existen tres partidos que merezcan ese nombre, el PP, el PSOE e IU, el resto es marginalidad, cofradía y folklorismo político.

Los primeros movimientos después del 12-J apuntan hacia un giro a la izquierda de los socialistas asturianos, que buscan en el apoyo de los ex comunistas el mantenimiento de la situa-

ción actual y su perpetuación en el poder. Lo paradójico es que desde IU parecen estar dispuestos a ser, una vez más, la muleta del PSOE. Este desplazamiento hacia la izquierda deja en manos de los populares la posibilidad de ocupar más territorio centrista y moderado, consolidando su crecimiento electoral.

Sobre este análisis debo hacer alguna matización, los hombres de Aznar en Asturias no conseguirán ganar ese espacio si antes no renuevan su mensaje y cambian las caras que todos identificamos con una opción más conservadora que liberal. Por otro lado, es innegable que la mayoría social sigue siendo de izquierda, lo que nos coloca ante un escenario político inestable y complejo, el PP puede ganar pero la

suma del PSOE e IU puede suponer una nueva mayoría.

A Asturias sólo le falta ahora un periodo de zozobra política para hundirse definitivamente y quedar descolgada de la recuperación económica que parece iniciarse en Europa y en España. Desde mi punto de vista, es urgente la necesidad de crear una alternativa asturiana que centre el enfrentamiento político y que sea capaz de articular una mayoría de gobierno en función de los intereses de la sociedad asturiana, y que esta mayoría pueda ser con el PP o con el PSOE, con aquél que ofrezca el mejor equipo y el mejor programa. Cuando se trata de Asturias las puertas tienen que poder abrir para los dos lados y no cerrarse siempre necesariamente a la derecha.

Juanito Valderrama

LUIS MEANA

La música exige andarse con cuidado. La copla, por ejemplo, va mucho de sombrero cordobés y de volantes, pero todos esos faralaes son como la gesticulación congestionada de quien quiere ocultar sus lágrimas. La copla tiene, probablemente, alma de pena. Se hace una canción a la primera comunión de una niña cuando esa criatura no sabe lo que es la abundancia, cuando la comunión es la única ocasión en que va a vestir lazos, nácares y organzas, y lo demás es una letanía triste de mocos, batas, alpargatas y miserias. Se le hace una canción a un emigrante cuando hay muchos que sufren por haber perdido la primera y última riqueza humana: la de sobrevivir en su propia tierra. La copla tiene alma dramática por más que la pinten de jota. A Juanito Valderrama, rey de reyes de la copla más liviana, le han ofrecido ahora un sonado homenaje en Las Ventas. Este Juanito Valderrama ha sido como el espantapájaros nacional clavado, con sombrero cordobés, en medio de los trigales de España para que espantara el pájaro de mal agüero de la pena. La música ligera es uno de los elementos fundamentales en la formación de los yoes nacionales y en la afirmación de los símbolos de identificación sentimental de las naciones. A distinto grado de evolución de esos símbolos, distinto grado de desarrollo de las naciones. Mientras una nación rica y

satisfecha de carne y chocolate como América cantaba aquello tan memorable de la Dietrich de «Dónde están las flores», aquí el sueño era el día de la primera comunión de una criatura que iba a comer, por primera vez, ese pollo que quizá no volvería a comer nunca. La copla es obsesión de alegría de un pueblo harto de penas. La copla es más obsesión de hambre que de amores. A los «beatiful» no les suele dar por la copla. Les da más por el «bel canto», que les parece amianto más fino para envolver sus sentimientos. Pero, en la posmodernidad de todas las cosas, hay un sitio y un honor para cada quincalla y para cada quincallero. Propiamente, la posmodernidad es ya sólo un inmenso intercambio de quincallas. Por eso mismo, es indiferente con qué tipo de notas vistamos, arrojemos o sentimentalicemos nuestros sueños: el amor, las ansias o los deseos, los instantes de delirio, las horas de gozo, de pena o de belleza. Durante sesenta años, Juanito Valderrama ha sido el alma-gramola de varias generaciones de españoles. Durante todo ese tiempo ha sabido «entonar» el dolor del hijo, la alegría de la madre, la nostalgia del emigrante, las sutiles simplezas del pueblo. Durante sesenta años de pescante, este rey de reyes de la copla más ligera untó la dolorida piel del alma de España con las notas alegres de su canto igual que se unta con pomada blanca las heridas más resquemantes.

Lastres

CARLOS GALLEGO



Siempre reverencié la mar, y cada vez que me adentro en ella más convencido estoy de la benéfica terapia que ejerce sobre quienes, como yo, estamos cansados del estrépito de la ciudad y de pronto tenemos la fortuna de hallarnos en un medio que aplaca y minimiza la cólera y la angustia del hombre moderno y, sobre todo, le relativiza cuanto para él es de capital importancia y constituye un dogma de fe. Esta semana pasada salí a la merluza en el «Cielo Azul» de Lastres, y estas dos cosas pude constatar, primero, que los pescadores siguen siendo un colectivo a quien la Administración apenas presta apoyo, seguramente porque la mar los deja lo suficientemente exhaustos como para reivindicar unos derechos que a otros, quizá con menos motivo, se los otorgan si cortan carreteras, queman neumáticos, o se plantan tras una peregrinación de varios días a chillar ante el correspondiente Ministerio madrileño; segundo, que la mar inculca lenta y sistemáticamente a quienes esforzadamente viven de ella una sabiduría o doctora-

do no expedido en universidades, que los lleva a discutir poco y trabajar mucho para hacer la vida tolerable, tal como llegó a pensar, tras una vida plagada de mil y unas penalidades, aquel sabio creado por Voltaire llamado Martín el Maniqueo. En estos tiempos convulsos y chirriantes en los que cada uno se cree aquel gallo que estaba persuadido de que el sol había salido para oírle cantar, constituye una rareza encontrar a estos hombres de espartanas costumbres y equilibrado orgullo, cuya congénita modestia, sabio escepticismo y sutil ironía les hace soportar con entereza los más duros embates de la vida. Tuve la suerte de ir a la escuela con algunos de los marineros con los que salí a pescar, y no puedo ahora por menos que recordar aquellos años en los que, bajo la bandera pirata de la inocencia aún no caducada, navegábamos a toda vela, sorteando habilidosamente el lobregoso universo de los adultos, tan aburrido y peligroso como los más temibles bajíos, rompientes, arrecifes y acantilados. Así pues, compartí con ellos la tabla de multiplicar, el balón de reglamen-

to, la leche en polvo, los «Antillana» y «Bisonte», las canciones de Jorge Negrete, las películas de Sissi, los sermones apocalípticos y esos iniciáticos deambulantes de dos en dos por las romerías en busca de aquellas adolescentes casi niñas que bailando al son de una guajira esperaban dos príncipes azules tan bellos y grandes como el tamaño de sus sueños. Comprobé apesadumbrado que están tristes hoy los que antaño fueron alegres. Pero no es una tristeza casual o pasajera, no. Ese mohín de luto, congoja y pena, va sedimentándose en sus rostros con el paso del tiempo como el salitre esculpe la roca, y así como los flamencos conjuran su agonia cantando de dentro para fuera, los marineros aceptan estoicamente el dolor de sus espinas que, lenta e inexorablemente, se van clavando en su corazón. Hay una mar poética y seductora, glosada por juglares y líricos, y hay una mar tétrica y sombría que sólo pueden soportar el silencio sonoro de los rostros, tristes rostros marineros. Los que no se imaginan ni por asomo los peligros que encierran los mares, darían gustosos mil

hectáreas de tierra por un pedazo de mar, y los que prisioneros han pasado más de la mitad de su vida entre los barrotes de una embarcación, regalarían el vasto océano por un acre de tierra estéril y calcinada. Parafraseando a Ryron, debe resultar frustrante y aleccionador, a la vez, comprobar cómo el tiempo no dibuja arrugas sobre la frente azul del mar, que sigue, sin embargo, moviéndose como lo vio la aurora de la creación. Lastres, que es un pueblo como nacido de la mar, tiene un futuro incierto, aunque no por ello desesperanzador. Como tantos pueblos de Asturias tuvo momentos boyantes, y atraviesa ahora, debido a los problemas pesqueros, dificultades que a buen seguro se han de solucionar. La Cofradía de Pescadores que preside Fernando Menéndez tiene ideas y sabido es que éstas, si se persiguen con anhelo, mueven el mundo. Cuentan con una aceptable infraestructura hotelera, se están remodelando algunas casas solariegas que darán empaque y lustre a su inigualable casco urbano. Acométese mejoras en el puerto, que pronto contará con un pantalán de-

portivo, sin que el muelle antiguo donde va ubicado pierda en esencia su primigenia identidad. Turismo y pesca, pues, pueden y deben ser los pilares básicos para que Lastres salga del aletargamiento y la fatiga. Hizo el «Cielo Azul» una buena marea y, sin embargo, sus siete tripulantes, tras muchas horas de enojoso y peligroso trabajo, no sacaron ni la mitad de lo que cobra un zopenco contando dos chistes en televisión — verídico —. Sí, ya sé que la vida es así, pero qué rabia da. Se veía, cuando regresaba de pescar, cómo la bruma envolvía la costa y, conforme la proa en la que yo me situé sintiéndome un mascarón en lo alto de su tajamar, se acercaba a tierra, iba desvaneciéndose hasta que por fin pudo verse en todo su esplendor el pueblo como una ninfa que emerge de repente del reino de Neptuno y agita voluptuosamente su cabello chorreando océano. Hay motivos para la esperanza, y los hijos de los que hoy están tristes han de seguir sonriendo, cuando sean altos como sus padres lo hacían cuando navegaban bajo la bandera pirata de la inocencia aún no caducada.